




MARÍA EMA LLORENTE

Universidad Autónoma del Estado de Morelos

 0000-0001-8092-9837

«Por la carne también se llega al cielo»¹ Cuerpo, éxtasis y paraíso en la poesía mexicana erótico-amorosa contemporánea

“The flesh also leads to heaven”

The body, ecstasy, and paradise in erotic-love contemporary
Mexican poetry

ABSTRACT: The article focuses on the study of the representation of time and temporality in contemporary Mexican poems about eroticism-love. Recreating the moment of the union of lovers, a situation that does not conflict the concept of transcendence, plays a fundamental role in such a poetry. Similarly to what happens during mystical ecstasy, this union affects the perception of the individual identity, usually reduced to dualist and exclusive terms such as body/soul, outside/inside, form/essence, etc., as well as the time-space categories involved in its building process. In an attempt to communicate this transcendence, poems resort to figurative and symbolic wordings including, for example, “heaven,” “paradise,” or “golden years,” which seem to be restored since ecstasy enables participation by suspending the chronological time and its course.

KEY WORDS: Paradise, sacred time, historical time, restoration, transcendence

Como señalan numerosos autores, y como se defenderá a lo largo de este trabajo, el erotismo y sus manifestaciones estéticas o artísticas no son incompatibles con la idea de espiritualidad o transcendencia². En muchas ocasiones, como

¹ Gilberto Owen, «Booz canta su amor», JARAMILLO LEVI, 1982, I: 191.

² PAZ (1997); GUILLÉN (1998); EVOLA (1997) y LÓPEZ-BARALT (1998). Considero que para el análisis del tema que se propone en este trabajo resulta pertinente un enfoque teórico que incluya los estudios comparativos, la historia de las religiones y la antropología, ámbitos en los que pueden incluirse los autores citados, que han sido utilizados, junto a la obra de Mircea Eliade, como marco de referencia.

ocurre en los poemas que se analizarán en las páginas siguientes³, el contacto físico y la relación amorosa se presentan como una forma de superar o trascender el propio cuerpo y entrar en contacto con aspectos superiores de la conciencia, alcanzando una dimensión espiritual, religiosa o sagrada. Como señala en este sentido Claudio Guillén:

La escritura erótica que arranca del cuerpo –mujer u hombre- puede conducir al elogio de la persona amada en su integridad y plenitud; a la más exaltada emoción amorosa, incluso a la espiritualización y alegorización del amor, es decir, continuar mucho más allá del cuerpo. Claro que existe algo como un *continuum*, o un territorio compartido, entre la simple sexualidad, el erotismo y la pasión amorosa; o una movilidad, si se prefiere, y unas tendencias latentes, en ambas direcciones, que conducen de lo uno a lo otro.

GUILLÉN, 1998: 242

Esta idea de la relación entre el cuerpo y otros aspectos que van «mucho más allá del cuerpo»⁴ evidencia una concepción dual o escindida del individuo –alma/cuerpo, materia/esencia, continente/contenido– que, heredera del pensamiento neoplatónico, está presente en la poesía erótica contemporánea. Julius Evola reflexiona también sobre esta idea de la dualidad del individuo y de su identidad, que resulta relevante para el análisis de los poemas seleccionados:

[...] mostraremos que todo ser humano se compone de dos partes. Una es la parte esencial, y la otra es la parte exterior, artificial y adquirida que se forma en la vida social y que crea la «persona» del individuo: persona, entendida aquí en el sentido original del término, que quería decir, como se sabe, «máscara», la máscara del actor (por oposición al «rostro», que por su parte cabe hacer corresponder a la parte esencial).

EVOLA, 1997: 49

En el momento del delirio o del éxtasis erótico-amoroso, y gracias al contacto con el otro y a las sensaciones intensas y placenteras que esto provoca, parece

³ Como conjunto textual o *corpus* de este trabajo he utilizado, básicamente, la compilación realizada por Enrique Jaramillo Levi, *Poesía erótica mexicana, 1889–1980*, en dos volúmenes, publicada por la editorial Domés en 1982. También he utilizado ocasionalmente, y como continuación de la anterior, la selección de Xorge del Campo, *Cupido de lujuria*, publicada en 1983, así como el monográfico «Boca que arrastra mi boca. Poesía erótica», publicado por la revista *Alforja* en 2003. Creo que estas antologías y recopilaciones ofrecen un panorama suficientemente amplio de la poesía mexicana de tema erótico-amoroso, tanto temporal como geográfico, en cuyos textos se demuestra, además, que la espiritualidad y la trascendencia asociadas en muchas ocasiones a estos poemas no son fruto de un momento histórico concreto ni de un movimiento artístico determinado, sino que se presentan como una tendencia general de esta poesía.

⁴ En este mismo sentido, George BATAILLE (2007) distingue, en su estudio sobre el erotismo, el erotismo del cuerpo del erotismo de los corazones y del erotismo sagrado.

que los límites del cuerpo, entendido como receptáculo de la individualidad y de la identidad personal, se diluyen o se desdibujan, borrando sus contornos. Este estado de confusión provocado por la experiencia erótico-amorosa afecta tanto a la parte externa (cuerpo) como a la interna (no cuerpo), que se vuelven así una sola cosa. Es una confusión con el exterior, con el otro, y una confusión con el interior, con uno mismo. Exteriormente, el cuerpo del amante se fragmenta y se confunde con el del amado, produciéndose un desconcierto en cuanto a la «propiedad» de las partes. Internamente, forma y sustancia se confunden, intercambiando sus cualidades respectivas. Es una confusión que opera en dos direcciones: el cuerpo se diluye, se evapora hasta perderse, mientras que el espíritu se corporaliza y puede percibirse a través de los sentidos. En este éxtasis, tanto la percepción del espacio como del tiempo se ven afectadas y se sustituyen por sensaciones subjetivas que, en poesía, dan lugar a la recreación de escenarios imaginarios, fantásticos o imposibles, en un intento por plasmar o traducir la intensidad de esos estados alterados.

Como menciona Luce LÓPEZ-BARALT (1998: 39), refiriéndose a la inefable experiencia del místico, éste: «descubre, en el punto privilegiado en el que se unifica perfectamente su identidad, que se encuentra completamente al margen de las categorías espacio-temporales», algo que podría aplicarse también fácilmente al éxtasis erótico-amoroso.

Si bien los aspectos espaciales del éxtasis y la recreación de acciones positivas de ascensión, vuelo, nado, crecimiento, carrera, etc. han recibido hasta el momento mayor atención por parte de la crítica (BACHELARD, 1958, 1975, 1978, 1982), creo que no ha ocurrido lo mismo con las imágenes relativas al tiempo y a la temporalidad.

Aunque en muchos casos espacio y tiempo se presentan íntimamente relacionados y resulta difícil separarlos, me interesa observar la forma en la que los textos recrean o representan las sensaciones relativas al tiempo y sus alteraciones. Entre ellas se encuentra la recreación del éxtasis erótico-amoroso como un paréntesis, como una suspensión del tiempo cotidiano y cronológico, que parece devolver a los amantes al tiempo mítico y sagrado de los orígenes y hacerles anhelar el paraíso perdido, imagen en cuyo análisis me detendré en las páginas que siguen.

Éxtasis y nostalgia del paraíso: suspensión, inversión y recuperación

En la poesía mexicana contemporánea de tema erótico-amoroso sorprende la frecuencia con la que diferentes autores utilizan la imagen de un regreso al tiempo mítico, mágico o sagrado de los orígenes para hacer alusión a las sensa-

ciones dichosas y positivas del éxtasis físico. En el origen se sitúa, para muchas religiones y mentalidades, el paraíso, el Jardín del Edén o la Edad Dorada, un tiempo y un momento de perfección y plenitud máxima que se elige como correlato o traslación de las sensaciones experimentadas por los amantes durante el acto amoroso.

Este espacio o lugar al que se sienten transportados, aparece aludido en los poemas de diferentes formas o con diferentes variantes. La más frecuente es la mención de la palabra «paraíso», utilizada por ejemplo, en su acepción más general, en el poema «Lo solemne siempre sí», de Carlos Santibáñez, como sinónimo de espacio o lugar placentero por antonomasia, al que sienten que se aproximan los amantes durante la relación amorosa: «el agua era tan clara / y el alma era tan agua / que no distaba un metro / el paraíso» (JARAMILLO LEVI, ed., 1982, II: 456).

También en el poema «Eucaristía de sal», de Adriana Ortega, que, como el título sugiere, relaciona el contexto erótico con el religioso, la palabra «paraíso» se utiliza para designar ese espacio al que los amantes consiguen acceder, una vez derribada o superada la barrera de la individualidad:

Mi lengua santifica tus rincones.
 La liturgia de pieles se celebra.
 Justo en el espacio de tu ombligo, rezo
 –la revelación parece ya cercana–
 trasciendo las fronteras donde sólo soy yo.
 Estás en mí, mezclado en mi saliva.
 [...]

 El bautismo salado ha derrumbado el muro que cerca el paraíso

ANAYA y LEYVA, eds., 2003: 30

En otras ocasiones, el paraíso aparece aludido mediante otras variantes léxicas, como «cielo», «jardín», «Edén» o «isla», e incluso «infancia» y «domingo», palabras que comparten la idea de lo singular, lo marginal y lo excepcional y subrayan la diferencia que existe entre lo cotidiano y lo extraordinario.

La presencia del paraíso se sugiere también en otros poemas mediante la identificación de los amantes con los primeros pobladores de la tierra⁵, como ocurre en «Poema», de Dionisio Morales: «nuestros cuerpos enlazados / principian el mundo / y una vez más somos / los primeros habitantes de la tierra» (JARAMILLO LEVI, ed., 1982, II: 175–176); e incluso mediante su identificación

⁵ Como señala Gregorio Morales, la identificación de los amantes con los primeros pobladores y la idea de inauguración que esto supone, subraya la idea de la trascendencia asociada al acto erótico-amoroso: «No hay que ir muy lejos para comprender el carácter extático que porta consigo todo erotismo. Cuando dos enamorados hacen el amor, no pueden evitar una sensación trascendente, como si fueran el primer hombre y la primera mujer sobre la tierra» (MORALES, ed., 1998: 46).

explícita con Adán y Eva, algo que resulta muy frecuente en estos textos⁶. Octavio Paz reflexiona precisamente sobre este aspecto de la siguiente manera:

Adán y Eva son el comienzo y el fin de cada pareja. Viven en el paraíso, un lugar que no está más allá del tiempo sino en su principio. El paraíso es lo que está *antes*; la historia es la degradación del tiempo primordial, la caída del *eterno ahora* en la sucesión. Antes de la historia, en el paraíso, la naturaleza era inocente y cada criatura vivía en armonía con las otras, con ella misma y con el todo. El pecado de Adán y Eva los arroja al tiempo sucesivo [...]. Cada pareja de amantes revive su historia, cada pareja sufre la nostalgia del paraíso [...]. Reinventar el amor es reinventar a la pareja original, a los desterrados del Edén, creadores de este mundo y de la historia⁷.

Paz, 1997: 211–212

Aunque en principio muchas de estas palabras parecen transmitir una idea de espacio y de espacialidad, la motivación que subyace detrás de ellas es, como se comentó, y como el mismo Paz corrobora, temporal, pues se trata de espacios que, por lo general, guardan relación con la idea del tiempo original y con el estado de mundo que existía durante ese tiempo mítico o mágico. La recreación de la imagen del paraíso no importa tanto, en este sentido, como ambientación espacial o como escenario en el que transcurren las acciones poéticas, sino en cuanto forma de subrayar las cualidades positivas de este «estado» original. Según relatan numerosos mitos y cosmogonías, en este tiempo primordial los hombres gozaban de una existencia superior a la actual, caracterizada, entre otras cosas, como señala Mircea ELIADE (1991: 98), por la no división o separación entre alma y cuerpo. El castigo o la caída que sobrevino después es, así, el castigo de la separación, de la escisión de estas dos partes, lo que equivale a decir el castigo de la temporalidad y la muerte:

[...] conforme a los mitos, el Antepasado o el Hombre primordial no conocía la muerte, ni el sufrimiento, ni el trabajo; vivía en paz con los animales y tenía sin esfuerzo alguno acceso al Cielo para encontrarse directamente con Dios. Una catástrofe vino a interrumpir las comunicaciones entre el Cielo y la Tierra y es desde entonces que data la condición actual del hombre definido por la temporalidad, el sufrimiento y la muerte.

ELIADE, 1991: 99–100

⁶ La mención explícita tanto de Adán como de Eva aparece, por ejemplo, en los poemas «Pequeña isla», de Margarita Paz Paredes (JARAMILLO LEVI, ed., 1982, I: 373); «Prueba de fuego al orillar su predominio», de Xorge del Campo (JARAMILLO LEVI, ed., 1982, II: 242); en «Poema en rojo», de Mario León Uriarte (JARAMILLO LEVI, ed., 1982, II: 140–141); y en el poema de Myriam Moscona titulado precisamente «Eva» (DEL CAMPO, ed., 1983: 133).

⁷ Las cursivas son del original.

Según esto, la nostalgia del paraíso que siente el hombre actual, y que se manifiesta en estos y otros poemas, sería una nostalgia de ese estado originario de perfección, unidad e inmortalidad, que incluye la capacidad de experimentar con el cuerpo y con los sentidos las realidades superiores que después le fueron negadas (ELIADE, 1991: 101).

Se trata de lo que George BATAILLE (2007) describe como experiencia de la continuidad del ser, opuesta a la discontinuidad cotidiana. Y esto es posible porque, tal como indica de nuevo ELIADE (1998: 54), el tiempo mágico o sagrado, a diferencia del cotidiano o histórico y a su avance lineal, es un tiempo reversible, reactualizable y recuperable, al que puede accederse mediante diferentes ritos, entre los que podría incluirse el acto erótico-amoroso. Según esta idea, los poemas recrean esta vuelta, regreso o retorno, en la realización fabulosa o fantástica de un viaje al pasado. Tal es lo que propone la amante que se expresa en el poema «Letanía erótica para la paz», de Griselda Álvarez, que invita al amado a remontar el tiempo y realizar un viaje hacia el inicio de la creación, para encontrar su verdadera identidad y su olvidada existencia, asociada, en este y en otros casos, como se verá, al nombre propio: «Vamos hacia el principio. / Asómate al abismo / y mírate en los siglos: / tus iniciales viven desde antes que existieras» (JARAMILLO LEVI, ed., 1982, I: 337).

La importancia que se otorga en estos poemas a la temporalidad se puede apreciar en la abundancia de palabras relativas a la medida y el transcurso. En el poema «Asela», de Eraclio Zepeda, que insiste en la idea de inversión y retorno mediante acciones como «desandar» o «regresar», esta idea se subraya con el uso de términos relacionados con la medida del tiempo, como «meses» o «calendario», cuya progresión o sucesión habitual se cuestiona o se invierte:

Contigo, amada, vengo y voy
de calendario a tu cintura.
[...]
Dormir a tu lado es desandar lo conocido,
regresar hacia lo hondo,
ir encontrando las señales dejadas en los meses
JARAMILLO LEVI, ed., 1982, II: 66-67

Algo similar sucede en el poema «La anunciación», de Rosario Castellanos. Este poema recrea ese momento de beatitud y perfección originaria que se representa como una «edad» anterior a las edades «del trigo», «de la alondra» y «de los peces» que supuestamente le sucedieron, y que ejemplifican la idea apuntada de la negatividad del tiempo y de la historia:

Antes de las edades del trigo y de la alondra
y aún antes de los peces.
Cuando Dios no tenía más que horizontes

de ilimitado azul y el universo
 era una voluntad no pronunciada.
 Cuando todo yacía en el regazo
 divino, entremezclado y confundido,
 yacíamos tú y yo totales, juntos
 JARAMILLO LEVI, ed., 1982, I: 426

Sin embargo, ese tiempo originario, perfecto e indistinto, fue interrumpido por el castigo de la encarnación, del cuerpo, lo que supone la participación en la temporalidad y la partición o división del tiempo en unidades fragmentadas:

Pero vino el castigo de la arcilla.
 Me tomó entre sus dedos, desgarrándome
 de la absoluta plenitud antigua.
 Modeló mis caderas y mis hombros,
 me encendió de vigiliassin sosiego
 y me negó el olvido
 JARAMILLO LEVI, ed., 1982, I: 426

En este poema puede apreciarse cómo la idea de paraíso no se identifica necesariamente con un lugar, sino con un estado; ese *illo tempore*, situado «antes de». Lo contrario a este estado es la separación, la individuación, el surgimiento del ser y de la conciencia, que tiene que ver con la separación alma/cuerpo y con la percepción de esta separación. Se trata, como se menciona en el poema, del «castigo de la arcilla», que supone la inmersión angustiada en el transcurso y la sucesión –«vigiliassin sosiego»– y la conciencia de la temporalidad –«me negó el olvido»–, que se viven como algo negativo.

Algo similar se relata o se refiere también en el poema «Epítome de la voluptuosidad», de Miguel Álvarez Acosta. En este caso se alude al paraíso mediante el uso de la palabra «Edén», que desarrolla la imagen del tiempo primordial como un jardín, en la que se destacan los elementos de una naturaleza plena y desbordante:

Esperaré; te aguarda mi impaciencia
 desde el Edén; allá nos conocimos,
 recuérdalo. Entre gasas y esplendores
 solos tú y yo en el mundo. En la floresta
 de la vida inicial, fuimos desnudos
 ardiendo el panorama; los follajes
 acolchaban tu paso y me quemaba
 tu carne dulce y honda
 JARAMILLO LEVI, ed., 1982, I: 217

En este espacio, el disfrute de una dicha total y absoluta se ve interrumpido, como en el poema anterior, por el surgimiento de la conciencia, cifrada en tér-

minos de «luz del alma», y por su confrontación con el cuerpo, lo que origina, igual que en los otros casos, el advenimiento de la historia:

[...] Repentina,
la luz del alma estremeció tu cuerpo
contra el mío y allí empezó la historia

JARAMILLO LEVI, ed., 1982, I: 217

Como puede verse hasta aquí, en la concepción del tiempo que muestran estos poemas existe una oposición entre tiempo mítico e historia; una oposición entre tiempo sagrado y tiempo profano a la que alude ELIADE (1998: 53), que se traduce en una oposición entre carne y espíritu. Así, de alguna manera, la noción de cuerpo abarca dos acepciones: una, la del cuerpo original, pleno dichoso y angélico –el cuerpo del paraíso–, y otra, la del cuerpo histórico, encarnado o encarcelado, que ha perdido la pureza original. Lo interesante de la idea que plantean estos poemas es que, si bien es el cuerpo quien padece o al que se le niegan esas supuestas bondades y posibilidades, a través de ese mismo cuerpo puede recuperarse ese estado original, mediante el contacto con otro cuerpo en la unión erótico-amorosa. Según esto, el concepto de corporalidad debería entenderse en un sentido amplio, y contemplar la posibilidad de incluir, en la experiencia extática recreada en los poemas, tanto lo interior o esencial como lo exterior, superando la escisión o la separación del individuo. Como señala en este sentido Julius Evola:

Que los sentidos despierten el alma, o bien que el alma despierte los sentidos, es algo que depende de la constitución particular de los individuos; pero en ambos casos el estado final contiene, mezclados, los dos elementos, y al propio tiempo va más allá de ellos.

EVOLA, 1997: 40

Con estas ideas se destaca la cualidad ritual del éxtasis y se actualiza la concepción del cuerpo como casa sagrada o templo, donde se celebra la recreación de la cosmogonía y a través del cual se tiene acceso a ese tiempo sagrado, diferente y al margen del tiempo profano o cotidiano⁸. La unión física de los cuerpos se propone como una posibilidad de recuperar la armonía perdida. Lo placentero, lo intenso y lo positivo se sitúan antes del tiempo y ahí hay que remontarse para encontrar o reencontrar la dicha. La oposición entre pasado y presente se

⁸ En este sentido, me parece interesante la comparación que puede hacerse entre cuerpo y templo, en cuanto contenedores de la espiritualidad y en la suspensión que ambos permiten del tiempo cotidiano. Como señala en este sentido ELIADE (2000: 55): «Al igual que una iglesia constituye una ruptura de nivel dentro del espacio profano de una ciudad moderna, el servicio religioso que se celebra en el interior de su recinto señala una ruptura en la duración temporal profana: ya no es el tiempo histórico actual lo que en ella está presente, ese tiempo que se vive, por ejemplo, en las calles y las casas vecinas».

convierte así en una oposición entre recuerdo y olvido. El recuerdo afecta al pasado que se anhela y el olvido se refiere al presente, entendido también como «negación» y «abandono», acciones que resultan necesarias para la mencionada recuperación de lo anterior. Esta oposición aparece, por ejemplo, en el «Poema a Fedra», de José Cárdenas Peña, que comienza por recrear el escenario apacible de la unión de los amantes, gracias al cual se produce el abandono de lo racional y lo temporal: «Tus manos deshojaban la caricia / y quedó mi sentido abandonado / en la isla de tu amor» (JARAMILLO LEVI, ed., 1982, I: 331). Este paréntesis o esta suspensión temporal es la que se experimenta, precisamente, como un retorno al origen de un tiempo positivo y nuevamente sin medida ni sucesión:

fue cual nacer de nuevo hacia otra vida,
un olvidarse sobre el tiempo informe
trasunto y sumergido,
sin hora ni memoria.

Los dos volvimos al principio:
donde nació la risa y la paloma

JARAMILLO LEVI, ed., 1982, I: 331

El olvido del tiempo que acompaña al éxtasis y la suspensión temporal de su transcurso, se cifran, así, en muchos poemas en términos positivos y llevan asociada la idea de recuperación de lo perdido, que puede ser la inocencia de la infancia⁹; «la infantil conciencia»¹⁰; o «la virginidad de nuestros cuerpos»¹¹. Esta sensación de recuperación se manifiesta también mediante las ideas de renacimiento y resurrección, que, tal como se mencionaba en el poema anterior, incluyen al cuerpo en este proceso, lo mismo que sucede en el poema «Pequeña isla», de Margarita Paz Paredes: «te me entrego / tibia, recién nacida. / [...] voy a tu encuentro, resucito / caminando descalza sobre el musgo» (JARAMILLO LEVI, ed., 1982, I: 373–374). Esta idea de recuperación abarca tanto la parte material del hombre como la espiritual, pues se trata de la vivencia o experiencia de esa unidad primordial que incluye los dos niveles, después separados. Junto a aspectos materiales o carnales se mencionan, en otros poemas, palabras relativas a la verdadera identidad del ser, a lo más auténtico, que aparece simbolizado, en muchos casos, como ya se mencionó, mediante el nombre auténtico u original. En el poema de Griselda Álvarez citado se hacía alusión a las iniciales del nombre del amado (JARAMILLO LEVI, ed., 1982, I: 337), y en un poema de Aurora Reyes se hace referencia también al acto de recobrar o de recuperar una ausencia perdida y una memoria del cuerpo o del «esqueleto», comprendidas o sintetizadas en el lugar del nombre:

⁹ Óscar Wong, «Pausa», JARAMILLO LEVI, ed., 1982, I: 305.

¹⁰ Santiago Bolaños, «El jardín secreto», JARAMILLO LEVI, ed., 1982, II: 390.

¹¹ Gilberto Owen, «Booz canta su amor», JARAMILLO LEVI, ed., 1982, I: 191.

Cuando descienda lenta, resbalando
 cada vez más abajo, más adentro;
 hundiéndome en hondura de llorados cristales,
 [...]

Habré encontrado el sitio de mi nombre,
 recobrado la forma de mi ausencia,
 la memoria anterior de mi esqueleto

«Forma de mi ausencia», JARAMILLO LEVI, ed., 1982, I: 232–234

Todo este viaje o este recorrido metafórico permite a los amantes, en definitiva, la recuperación de la perfección original, referida poéticamente mediante la alusión a esos «amantes sin espinas y sin sombras» que aparecen en el poema «Pequeña isla» ya citado, y que supone una forma de superar o desafiar la mortalidad:

Tú sostienes la tierra y me sostienes
 dichosa, en altos climas,
 fuera de toda muerte, porque vivo
 contigo ya sin tiempo y sin espacio;
 porque te amo desde la soledad del Paraíso
 hasta el postrer exilio,
 donde, llorada patria de amargura,
 purificada la pasión, seremos
 amantes sin espinas y sin sombras

JARAMILLO LEVI, ed., 1982, I: 373–374

Sin embargo, esta recuperación es sólo temporal y pasajera y dura lo que dura el rito amoroso, el éxtasis, que, como se apuntó al inicio, es únicamente un paréntesis, una suspensión de la temporalidad, y que puede compararse, como hace Mario León Uriarte, con una isla o un domingo, tiempos y espacios gozosos y placenteros de los cuales los amantes deben regresar para incorporarse nuevamente a su tiempo histórico y a su cotidianidad, percibida, después de ese viaje y esa experiencia liberadora, como una pesada cárcel:

Y así fue que perdimos la conciencia
 y la noción del tiempo y de las cosas
 [...]

¿Cómo fue que volvimos? No lo supe.
 No debimos volver de aquella isla,
 no debimos salir de aquel domingo.

Tú eras Eva, yo Adán

¿y el paraíso?

Ahora es esta cárcel
 de asfalto y de metal.

«Poema en rojo», JARAMILLO LEVI, ed., 1982, II: 140–141

Después de todo lo anterior, y a modo de conclusión, puede decirse que, tal como se apuntaba al inicio, el erotismo y la poesía erótica no son incompatibles con las ideas de espiritualidad y trascendencia. En los textos poéticos, el éxtasis provocado por la unión de los cuerpos se siente como un paréntesis en la vida del individuo; como una suspensión de su experiencia del tiempo y de la identidad, en la que se superan o se trascienden los límites personales, en una sensación de plenitud y unidad que cuestiona las nociones de dualidad, escisión, finitud y mortalidad. Estas sensaciones se concretan poéticamente mediante escenarios que presentan un salto hacia atrás o una vuelta de los amantes al tiempo originario; mediante la recreación, repetición o perpetuación que realizan estos amantes de la escena mítica originaria; así como a través de la idea de renacimiento y recuperación de elementos positivos perdidos, como la inocencia, la pureza o la pristinidad.

La presencia de este tipo de imágenes en la poesía mexicana contemporánea y su recurrencia en autores de distintos estilos y procedencias es suficientemente significativa para ser considerada algo casual, arbitrario o azaroso, y puede proponerse como una recurrencia motivada. Esta motivación puede encontrarse, por un lado, en el hecho de compartir una determinada tradición, tanto cultural como literaria y religiosa, en la que convergen mitos universales –como los mitos del origen, del eterno retorno y de la nostalgia del paraíso–, y mitos fundacionales o cosmogónicos –como los del Edén y el paraíso originario–, conservados y transmitidos a través de textos bíblicos, literarios, eróticos y místicos. Por otro lado, y aunque esto supera los límites establecidos para este trabajo, la aparición o presencia de imágenes y recreaciones similares en otras culturas y otras manifestaciones artísticas podría hacer pensar, tal vez, en la existencia de arquetipos o universales del pensamiento comunes o compartidos.

La idea fundamental que subyace en estas manifestaciones poéticas es, como ya se dijo, la concepción del hombre como un ser dual y escindido, según la cual se opone lo corpóreo –exterior– a lo incorpóreo –interior–. Como señala Gilbert DURAND (1981: 245), ésta es una dialéctica opositiva, pero también, y sobre todo valorativa, porque se privilegia la esencia frente al envoltorio; lo auténtico, lo verdadero, se piensa como lo contenido dentro del cuerpo, que es, precisamente, a lo que se desea acceder:

La cualidad profunda, el tesoro sustancial no es lo que encierra, sino lo encerrado. No es, en resumidas cuentas la cáscara lo que cuenta, sino la almendra. No es el frasco lo que importa, sino la embriaguez. [...] Porque la interioridad superlativa es lo que constituye la noción de sustancia. [...] [Y] el alquimista, como el poeta, sólo tiene un deseo: el de penetrar amorosamente las intimidades.

El cielo o el paraíso al que hacen referencia estos poemas es más bien un estado de armonía y de unificación, en el que lo material y lo espiritual se igualan o se identifican. En términos generales, lo que este paraíso originario supone es la anulación del tiempo y de la historia y la vuelta o la recuperación de un tiempo sin tiempo o sin transcurso, y, por consiguiente, sin las consecuencias negativas de la temporalidad.

Según esto, la nostalgia del paraíso que siente el hombre actual, y que se manifiesta en los poemas analizados, sería una nostalgia de ese estado de perfección originario, que incluye la capacidad de experimentar con el cuerpo y con los sentidos las realidades superiores que después le fueron negadas, al haber sido constituido «bajo el signo de una ruptura» (ELIADE, 1991: 101). La nostalgia del paraíso reflejaría, de este modo, el deseo de participar de lo sagrado con la totalidad del ser, incluyendo el cuerpo en procesos extáticos y espirituales y reconociendo en la carne, como proponía el poema de Gilberto Owen citado al inicio, no una posibilidad de condenarse o de alejarse del cielo, sino de regresar a él.

Bibliografía

- ANAYA, José Vicente y LEYVA, José Ángel (eds.) 2003. «Boca que arrastra mi boca. Poesía erótica». *Alforja. Revista de Poesía*, n.º 24, Primavera.
- BACHELARD, Gaston 1958. *El aire y los sueños*. México, F.C.E.
- BACHELARD, Gaston 1975. *La poética del espacio*. México, F.C.E.
- BACHELARD, Gaston 1978. *El agua y los sueños*. México, F.C.E.
- BACHELARD, Gaston 1982. *La poética de la ensoñación*. México, F.C.E.
- BATAILLE, George 2007. *El erotismo*. México, Tusquets.
- DEL CAMPO, Xorge (ed.) 1983. *Cupido de lujuria*. México, Signos.
- DURAND, Gilbert 1981. *Las estructuras antropológicas de lo imaginario*. Madrid, Taurus.
- ELIADE, Mircea 1991. *Mitos, sueños y misterios*. Madrid, Grupo Libro 88, Colección Paraísos Perdidos.
- ELIADE, Mircea 1998. *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona, Paidós.
- ELIADE, Mircea 2000. *Aspectos del mito*. Barcelona, Paidós.
- EVOLA, Julius 1997. *Metafísica del sexo*. Palma de Mallorca, José Olañeta Editores.
- GUILLÉN, Claudio 1998. *Múltiples moradas*. Barcelona, Tusquets.
- JARAMILLO LEVI, Enrique (ed.) 1982. *Poesía erótica mexicana (1889–1990)*. Vol. 1–2. México, Domés.
- LÓPEZ-BARALT, Luce 1998. *Asedios a lo indecible*. Madrid, Trotta.
- MORALES, Gregorio (ed.) 1998. *Antología de la literatura erótica*. Madrid, Espasa Calpe.
- PAZ, Octavio 1997. *La llama doble. Amor y erotismo*. Barcelona, Galaxia Gutenberg.

Síntesis curricular

María EMA LLORENTE es doctora en Filología Hispánica por la Universidad Autónoma de Madrid. Ha publicado artículos de investigación en revistas especializadas como *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Acta Poetica*, *Anuario de Letras*, *Revista de Literatura* y *Anales de Literatura Hispanoamericana*, entre otras, y ha participado en congresos nacionales e internacionales en distintos países. También ha publicado los libros: *Lenguaje y símbolo en la poesía creacionista de Gerardo Diego* (2003); *Poemas en rojo. El erotismo en la poesía mexicana del siglo XX* (2006); *La voz de la imagen. Pintura, arquitectura y fotografía en la poesía española contemporánea* (2014); y *Metrópolis de papel. Visión de la ciudad en la poesía española contemporánea* (2016). Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores Mexicanos (SNI), Conacyt.